

RESEÑA DEL LIBRO
*EL HOMBRE, LA ECONOMÍA
Y EL ESTADO*, VOL. I
DE MURRAY ROTHBARD
(Unión Editorial, Madrid 2011,
576 páginas)

CRISTÓBAL MATARÁN LÓPEZ*

Se queja amargamente el autor en el prefacio a la edición revisada de 1993 de que «una de las pérdidas de la Primera Guerra Mundial parece haber sido lo ocurrido con los viejos tratados sobre “principios” de economía». No le faltaba razón en absoluto. La diáspora de la ciencia económica a lo largo del s. XX parece no tener fin: teoría económica, teoría monetaria, historia del pensamiento económico, metodología, análisis económico del derecho y un largo etcétera. Aunque los integrantes de la Escuela Austriaca tratasen diversos temas a lo largo de sus carreras investigadoras, no es menos cierto que la vuelta a los orígenes parecía una asignatura pendiente. La publicación de *La acción humana. Tratado de economía* en 1949 parecía cerrar el capítulo de conjunción en un solo tomo de los principios económicos. Pero Mises no pensaba en ello en absoluto. Siempre incentivó a sus discípulos a que continuaran la senda abierta en *La acción humana* y profundizaran en los principios económicos sobre la base del método praxeológico. De esta forma, uno de sus más fervientes discípulos norteamericanos, junto con Israel Kirzner, recogió el guante. Y lo hizo a la edad de treinta y seis años, en 1962. Hablamos de Murray Rothbard.

* Máster en Economía de la Escuela Austriaca por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

Porque Murray Newton Rothbard (Nueva York, 1926, Nueva York, 1995) no fue un discípulo al uso. Graduado en matemáticas en la Universidad de Columbia con un expediente brillante, comenzó a asistir al seminario de Mises, interesado en realizar un doctorado en filosofía. Su conversión hacia el liberalismo le llegó a una velocidad difícilmente igualable. En apenas unos años, había seguido los pasos de Mises y publicado su principal tratado: *El hombre, la economía y el Estado*. Sin embargo, debido al gran volumen de la obra, los últimos capítulos fueron desgajados del texto principal y publicados bajo el título *Poder y mercado*, cuya publicación en España es inminente. Rothbard, a lo largo de su vida, comenzó cultivando la teoría económica en su sentido puro. Porque, tal y como reconoce en el prólogo, considera que *La acción humana* de su amado maestro Mises se centra más en la metodología de las ciencias sociales, mientras que Rothbard trata de llenar esos huecos que el tratado de Mises deja más para el estudio del lector en otros manuales.

Así, el manual de Rothbard puede, y debe, ser utilizado por aquellos estudiantes universitarios que se inician en el estudio de la ciencia económica. Por una vez, contamos con un manual alejado de la concepción *mainstream*, aquella que concibe la economía como la maximización de unas fantasmagóricas funciones y en la búsqueda de un inexistente equilibrio de mercado, en el que nada sucede y nada se inventa. Rothbard ofrece, de manera lenta pero segura, una explicación tremendamente ahondada y estratificada de los procesos económicos, desde la formación de precios o el interés.

En cuanto a este primer volumen en concreto, se encuentran en él los siete primeros capítulos. Comenzando con los fundamentos de la acción humana, con evidente influencia de la obra homónima de su maestro Mises, Rothbard diseña la función del ser humano como la acción deliberada. Así, en el primer capítulo nos explica, mediante el ejemplo de Robinson Crusoe, los fundamentos últimos de la acción humana, es decir, del ser humano asilado y solo en su isla desierta. Conceptos como la preferencia temporal, la escalera de valores o el ahorro como paso previo a la fabricación de bienes de capital. La búsqueda de unos fines deseados, ordenados de una forma concreta, se realiza mediante unos

medios en una acción que conlleva tiempo. Una idea tan básica es perdida de vista en muchos análisis económicos. Rothbard deriva, mediante un análisis praxeológico, los conceptos de la ciencia económica, todos mediante cadenas de razonamientos sencillos y explicados con ejemplos.

Así, una vez descubiertos los principios básicos de la acción individual, Rothbard introduce un segundo sujeto en la isla de Robinson, Smith, dando lugar a la economía del intercambio directo o trueque. Centrándonos en el intercambio de bienes y servicios de manera voluntaria, Rothbard analiza qué tipos de contratos pueden darse y las consecuencias de este nuevo comercio: la división del trabajo. Esta continua profundización en una especialidad da pie a conceptos como la elasticidad o la formación de los precios, con sus correspondientes cambios y las causas que los provocan.

Seguidamente, Rothbard, sabedor de que una economía de trueque es apenas útil, introduce el dinero como medio de intercambio, es decir, analiza la economía del intercambio indirecto. Ya no se produce con el fin de intercambiar las mercancías de uno por las de otro, sino que se produce con la intención de una mercancía intermedia que sirva para adquirir bienes a distintos productores, independientemente de que no deseen consumir los productos fabricados por aquel que los demanda. La división del trabajo y la multiplicación de bienes no tendrán límites a partir de este momento. El dinero, además, surge como reserva de valor ante las eventualidades del futuro. La posibilidad de no gastar lo obtenido en el momento solo puede realizarse mediante un medio de pago, generalmente oro, que pueda mantener su poder adquisitivo en el tiempo con el fin de que el actor económico, en el uso de su soberanía, decida su empleo en el momento que considere oportuno.

Los precios y su formación merecen, por tanto, un capítulo aparte. Aunque la principal conclusión a la que nos induce Rothbard es la siguiente: no se debe analizar el dinero sino como una mercancía más. Las mismas leyes deducidas anteriormente para cualquier bien, a saber, utilidad marginal, preferencia temporal, etc., deben aplicarse al dinero de la misma forma. Rothbard analiza cómo se forman estos precios, cuáles son sus determinantes

y las relaciones existentes entre ellos, como por ejemplo, las relaciones de complementariedad o sustitución. Uno de los grandes aportes de Rothbard, y me refiero en todo el libro, es la crítica que realiza a las fantasmagóricas *curvas de utilidad* que tanto se utilizan en la concepción *mainstream*, las cuales han contaminado la mente de millones de estudiantes de economía en Occidente durante décadas. En apenas un epígrafe de diez páginas, Rothbard desmonta toda la teoría que supone como cierta la posibilidad de medir cardinalmente la satisfacción del consumidor.

En un último bloque, Rothbard trata la producción en tres capítulos, en lo que podría considerarse como la segunda parte de este volumen. Para empezar, Rothbard explica la estructura de la producción capitalista, formada por una serie de etapas que consumen tiempo, con unos bienes de capital necesarios para su término, en un claro homenaje a Böhm-Bawerk. Rothbard nos previene de que la economía de giro uniforme (concepto tomado de Mises) no puede utilizarse para sacar conclusiones, ni mucho menos conclusiones sobre la ética del sistema capitalista. No puede tomarse una economía en estático como la moralmente deseable, mientras que todo lo que se aleje de ella sea punible. De esta forma, el sistema de mercado sería inmoral ya de partida.

A continuación, Rothbard deduce una idea que acompañará el resto del libro: el tipo de interés es aquel que equilibra el mercado de bienes presentes en términos de bienes futuros. El tipo de interés no es el precio de equilibrio del mercado de préstamos, sino que representa lo bienes a los que se está dispuesto a renunciar hoy a cambio de una mayor satisfacción mañana. Y lo que es más importante: este tipo de interés es el mismo para toda la economía y a lo largo de todo el sistema productivo. Si se produjeran desviaciones a lo largo del mismo, surgirían oportunidades de arbitraje, consistentes en comprar en una parte del mercado más barato para vender en otra más caro, lo cual llevaría a una igualación del tipo de interés. Adicionalmente, no se debe pensar que el tipo de interés se calcula de forma distinta en unas sociedades o entre el mercado de bienes de consumo o de préstamos. En absoluto. Las mismas leyes rigen para la determinación del tipo de interés en cualquier mercado. Por ello son leyes económicas.

Por último, Rothbard nos invita a razonar las leyes que dirimen la formación del precio de los factores de producción. Nos explica que al dar valor al pan que consumimos, siendo este un bien de consumo o *de primer orden*, como diría Menger, otorgamos indirectamente valor al servicio del repartidor que lo trajo hasta la panadería donde lo adquirimos. Pero no solo eso, ya que podemos efectuar una regresión hasta la semilla que fue plantada en la tierra que dará fruto el trigo necesario para la fabricación del pan.

En resumen, es un libro que no puede pasar desapercibido, sobre todo para estudiantes que se inician en el estudio de la ciencia económica y que, casi con total seguridad, tendrán la desgracia de ser obligados a aprenderse que los deseos humanos pueden matematizarse y dibujarse en curvas. Pero mucho más que eso. Porque si una idea debe quedar clara a los que nos dedicamos a la ciencia económica, independientemente de la rama en la que nos especialicemos, es la teoría sobre la que se asientan las conclusiones a las que unos buenos cimientos nos llevan.

